

VÍCTOR EDUARDO SÁNCHEZ LUQUE

La máscara del deseo fingido

Donde mayor es la claridad,
domina secretamente lo fecal.

THEODOR W. ADORNO

*L*a escena nos conduce hacia un cuadro muy peculiar, un cuarto iluminado solamente por la grisácea luz del televisor; un hombre gordo y descuidado arroja su ser al sofá que ha de resistir todo su peso y el del mundo con éste. A su lado una mesa sobre la cual una cena para microondas y una coca-cola sin cafeína y sin azúcar denotan la soledad del sujeto. Las imágenes del televisor son abundantes objetos del deseo: sexo, alcohol, emociones fuertes... ¿el deseo de quién? Un mundo de 500 canales, igual número de posibilidades de existencia se abren ante los ojos del espectador adicto al *zapping*. El mundo se mueve en el televisor pero el individuo permanece sentado, estático; todo gira y él observa desde el confort de su sofá, ¿es él quien mira al mundo o es la televisión quien le dirige la mirada? La escena nos podría remitir, por su ambiente y sentido, al preámbulo del mundo, la gestación del hombre reproducido por este estar ligado a..., este hombre viene a un mundo que ya está diseñado en horarios y bloques de programación, con un cordón umbilical que le presenta en alta definición una existencia que

ha de experimentar pero que no es la suya. De la nada, quizás, aparece un fantasma entre las sombras, quien a gritos le pide que se levante, que actúe y busque la satisfacción de su deseo, que acepte la apuesta y viva entre los rayos, pero el ruido de la televisión ensordece la agonía del fantasma. Éste, derrotado, se aleja y calla. Pero dentro de poco tiempo este hombre tendrá que levantarse para apagar el televisor y dirigirse a la cama. Tras su paso lento, somnoliento y cansado escuchará la voz del fantasma como un eco, un susurro deprimente y aterrador. Es el momento donde su tragedia se muestra frente a frente.



LA ESFERA DEL PLACER: VENIR AL MUNDO, VENIR AL DESEO

El hombre es un ser-del deseo y la cultura es el contexto donde este hombre irá hacia el placer. Su historia se remite al intento de articular ese deseo, desde las interminables búsquedas de poder que terminaron escribiéndose con sangre, hasta el microcosmos de cualquier sujeto que encontramos en la calle, estará determinado por lo que quiere, lo que cree querer y el camino que emprenderá para obtenerlo. De la religión a la ciencia y de la antropología al esoterismo, estas cuestiones se han abordado. Una pieza clave, durante el siglo XX, corresponde al psicoanálisis, se crea o no, sea la nueva forma de sacerdocio o un simple fraude, negar su tradición y correspondencia sería ignorar uno de varios intentos del devenir consciente. Dejando de lado toda la síntesis histórica, habrá que puntualizar la lucha de las pulsiones de *Eros* y *Thanatos* y la procreación del super-yó como bases necesarias de la cultura, ya que para Freud la represión y la sublimación constituyen instrumentos básicos de la cultura.

El movimiento o dialéctica del deseo ha sido teorizado como el motor de la cultura, por un lado la sublimación, la forma en que la libido pasa a ser energía asexual para mantener una convivencia social conocida como amistad, esto pasa a ser fundamento de la organización civil y, por otro lado, la pulsión de muerte al servicio de la empresa humana, denotada claramente en conceptos como competitividad y carrera académica. La cultura introdujo el placer como combustible de la maquinaria social, los procesos como la adquisición simbólica del falo, la carga del poder objetivado en dinero, la satanización del goce por el imperio de la moral e incluso del deseo y de la conciencia de culpa obedecen a estructuras necesarias para la cultura. Desde este movimiento perverso se sufre su malestar. Esta clase de satisfacción equivale a un contento barato, el cual Freud asimiló al malestar de la cultura: “Uno se procura ese goce cuando en una helada noche de invierno saca una pierna desnuda fuera de las cobijas y después la recoge” (Freud, 1996: 86), es decir, se ha llegado a confundir la cura con la enfermedad y para

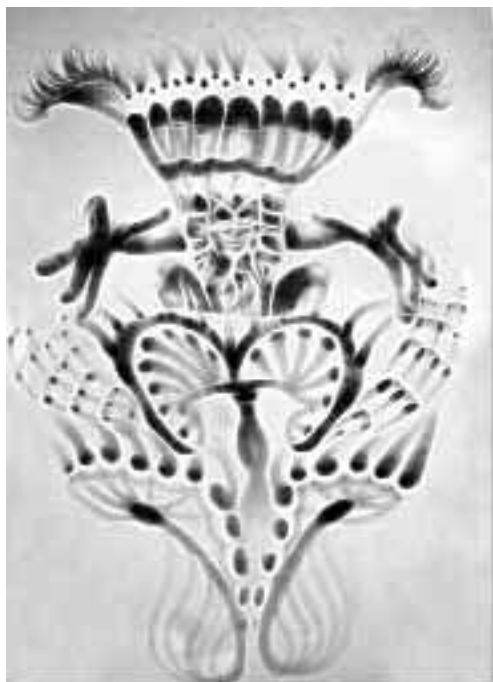
el progreso de la civilización ha sido necesario cierto sacrificio del placer, todo esto, claro está, en aras del bien común... Por lo tanto, la cultura se ha provisto de sus propios instrumentos de censura de la energía que debería agotarse en la búsqueda del deseo para así dirigirla a la producción, hállese de moral, el mandato de normalidad e incluso, de las perversiones y ser capaz de interiorizar tales mandatos en la estructura psíquica del sujeto a partir de su sentimiento de culpa.



Sin embargo, debemos de admitir que ya no nos encontramos en terrenos de la moral victoriana, justo ahora no hay repudio social por mencionar la palabra “pierna” o “tobillo”; mucho ha pasado desde que el sueño americano se convirtió en la liberación sexual de los sesenta cuando, sorprendentemente, una mujer ya podía usar pantalón. La televisión e internet han liberado contenidos a los que antes era difícil acceder, incluso podemos adivinar ciertos *gags* sexuales en películas infantiles. Dentro del supuesto relajamiento de la moral y la permisividad de la sociedad (o por lo menos en su hiperproducción de derrocamiento del tabú), estos temas se conformaron en discursos “abiertos”, es decir, difundidos por los medios; de esta forma el submundo donde permanecían las posibilidades de placer emergió a la superficie, la sociedad se cree más educada y acepta que el deseo sea la base constitucional del sujeto. Pero este movimiento, por un lado, substrajo el elemento prohibitivo del deseo, quitándole cierta atracción y, a la vez, despojó de la satisfacción punitiva al super-yó al abrir el campo del deseo. No obstante, lo que se erradica en un lugar aparece como síntoma en otro; la industria cultural que toma al deseo como objeto de consumo olvida dos características fundamentales: 1) que el deseo es el deseo del otro, y que su ley suprema radica en que jamás alcanza el objeto del deseo, éste nunca se concibe como absoluto ya que sólo se le tiene como ausencia, como vacío; 2) que el super-yó es otro de los nombres del padre, y que éste en su hegemonía y en el gozo sádico del que se alimenta volverá a crecer desde el cumplimiento del deseo de la conciencia de culpa; ahora, no desde el castigo por la búsqueda de la satisfacción de las pulsiones, sino por el sentimiento de culpa proveniente de la falta de placer, de una u otra forma el deseo siempre se paga.

EL PLACER COMO DESEO GARANTIZADO, EL DEVENIR DEL SÍNTOMA

Esta supuesta apertura del deseo fundamentada desde el imperativo categórico del goce, propuesta y promovida por la cultura, engendra un super-yó que castiga al yo



porque éste, a pesar de las facilidades que se le ofrecen, no goza; en un mundo donde el progreso ha “asegurado” la felicidad, el sujeto se encuentra miserable. Ante miles de anuncios publicitarios que auguran placer, el individuo se sabe insatisfecho y culpable, simultáneamente, ya que no es tan feliz como un anuncio de Nestlé. El sujeto cree estar en un esfera donde la vida sucede plácidamente y se culpa a sí mismo ante la imposibilidad de apropiarse de esta satisfacción —a pesar de estar rodeado de la frase ¡Tú puedes!—.

Aquí yace una doble trampa. Nos azotamos por una promesa de deseo que no es tal, sino mera propaganda. La industria cultural provee a la sociedad

de un placer virtual, el discurso se rige por el cruel “mira pero no toques”, observa pero no participes, el contacto es meramente masturbatorio; de aquí que la pornografía maneje planos como si nos dirigiera la mirada, cuando lo único real frente a nosotros es una pantalla y no un cuerpo. Este mecanismo trata de anestesiar la voluptuosidad del deseo, pues no se realiza la posesión, sino solamente de forma simbólica. Un claro ejemplo de esto lo encontramos en los anuncios de condones, las escenas muestran el preámbulo sexual, enuncian “sutilmente” que el hecho de poseer condones garantiza la relación, el condón se convierte en el porvenir de una ilusión, es decir, el coito.

Este voyeurismo institucionalizado es la manera mediante la cual se inscribe el deseo dentro de la industria cultural, promete excesos, orgías y fiestas pero sólo estamos invitados como espectadores; no importa qué tan curvilíneos sean los cuerpos ofrecidos, éstos siempre serán planos debido a que tan solo son proyectados en una pantalla. En este sentido, recordemos el concepto de fantasma de Lacan, la TV funciona como un espacio hueco donde se puede articular el placer. El deseo se quiebra al estimular un sentido; el número infinito de posibilidades y experiencias que brinda esta nueva época se constituye como mera imagen sin acción; la única acción que realizamos es la de aplastar nuestro trasero en el asiento. Horkheimer y Adorno ya mencionaban este carácter inactivo del deseo en la industria cultural: “La letra sobre el placer, emitida por la acción y la escenificación, es prorrogada indefinidamente: la promesa en la que consiste, en último término, el espectáculo deja entender maliciosamente que no se llega jamás a la cosa misma, que el huésped debe contentarse con la lectura de la carta de menú” (Adorno y Horkheimer, 2006: 184). Entonces, el yo cree haber saciado el deseo (o por lo menos constituirse como búsqueda de), pero el ello muere ante el ansia de su apetito. Creemos dotar de suficiente energía a nuestro “interior”, pero no tardará en molestarnos que no es cierto. Este síntoma,

este malestar, es distinto al señalado por Freud en 1930, el talante de angustia no deviene ante la eventual superioridad de *Thanatos* sobre *Eros*; ahora, éstos reclaman su insatisfacción, como “poderes celestiales” se afianzarán en una nueva lucha contra su enemigo: el yo.

LA FALSA CARCAJADA DE LA FALSA CONCIENCIA DE PLACER

El yo no sólo se enfrenta a *Eros* y *Thanatos*, ni al super-yó regido bajo el imperativo del goce, sino a un adversario más fatal y seductor: el contexto social que le ordena que disfrute, que engulla de un solo bocado el orgasmo, que se permita el placer: la represión está pasada de moda. No es un mundo rosa donde la ley sea la del deseo. Las posibilidades de placer difundidas no son más que espejismos de una realidad cruel, en la cual el oasis que representa la conciencia en medio de un desierto inconsciente el yo lucha incansablemente por permitir el engaño. Si bien un voyeurista no se podría quejar, no hay que olvidar que el deseo se tatúa en la carne, el deseo que la sociedad promueve es controlado y organizado, deviene en rutina y, por lo tanto, se siente leve; el propio Freud subraya que el deseo se mueve por los extremos: “Estamos organizados de tal modo que sólo podemos gozar con intensidad el contraste y muy poco el estado” (Freud, 1996: 76). El malestar sucede cuando la supuesta satisfacción obtenida mediante el pseudovoyeurismo no es suficiente, ni el ello ni el inconsciente logran sugestionarse, el deseo de la carne no se satisface frente a un mero holograma; esto conduce a que el yo sea atacado por el super-yó y, en especial, por la insuficiencia de energía del propio deseo. El yo no tiene más que refugiarse en un mecanismo de defensa ante el terror del deseo y el vacío del placer. El yo deviene en una falsa conciencia de placer.

Este blindaje de la subjetividad se estructura bajo la forma de una máscara del placer ante el yo, este recurso no funcionará como el espacio fantasmagórico donde la verdad del deseo se articula, sino el espacio donde el sujeto podrá sobrevivir: la máscara protege y da asilo a la propia máscara del yo. Esta careta, que se pretende feliz y que ríe se propone estar en movimiento perpetuo sobre la búsqueda del deseo; activa su escenario dentro de las posibilidades de goce que le brinda el contexto, donde preocupadamente se pavonea. A esta máscara, el displacer, el dolor y el sufrimiento no le atañen, el rostro que oculta no es el del dulce vacío de la nada, su baile monótono produce un desplazamiento en el yo, el cual asimila los estímulos de supuesto placer que considera necesarios para satisfacer sus demandas aunque, en realidad, dichos estímulos apenas rozan la superficie, donde no hay ni lujuria, ni juego, ni coqueteo; no es un encuentro de dos cuerpos que se atraen, es simple fricción entre materias en movimiento. Lo que para el yo enmascarado es placer, para el ello es energía nula, mera fatuidad que trata de dar sentido y deseo al vacío, pues las pulsiones permanecen estáticas. El presunto deseo sólo disfraza la ausencia, la máscara no es otra cosa que el envoltorio de la nada.

La falsa conciencia de placer no es satisfacción sustitutiva, no es disfraz para la interpretación; es un proceso de autoconservación propio del sujeto, lo desdobra hacia un solo sentido, es decir, el yo consciente no descarga la energía pulsional que se encuentra

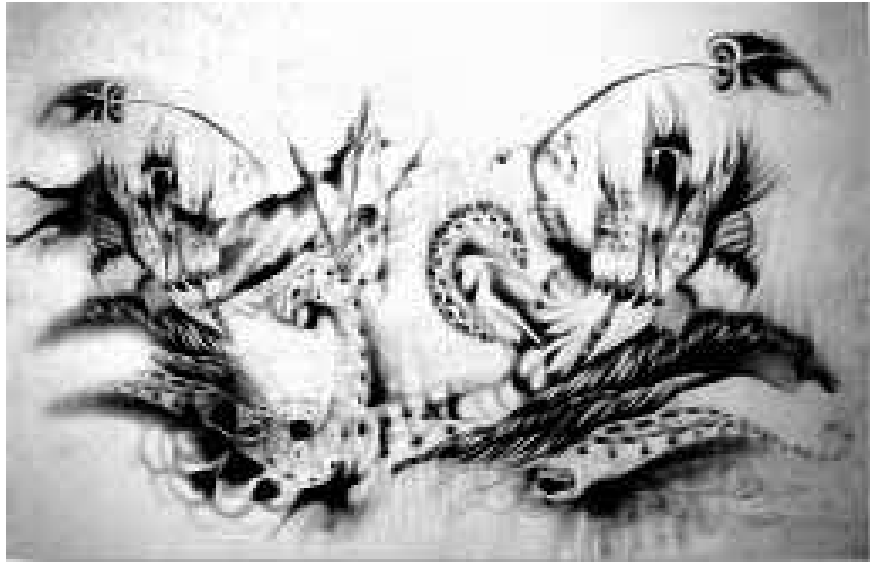


dentro de él y no asimila el deseo. La máscara permite la creencia de estar dentro de un escenario, donde el deseo se sirve de su propia pasión, aunque no haya nadie que acompañe este pseudomovimiento. La máscara se conforma con la mirada masturbatoria que inconscientemente busca en el otro el objeto de su deseo o, al menos, el empuje necesario para fijar su búsqueda, la pasión del baile se le niega en su enajenación. La forma del goce queda nulificada en los tres niveles: en el ello, porque ninguna pulsión es sublimada y, mucho menos, concretada; en el super-yó, porque el imperativo del goce intenta cumplirse con falso placer; y, en el yo, porque la máscara se

sabe fracturada desde dentro, sólo le queda participar en la articulación del deseo falso como fondo del escenario, su único placer positivo es saberse disfrazada para evitar la sospecha.

La dialéctica del deseo se advierte en la fiesta de disfraces porque el ocultamiento le excita, se da la oportunidad de rasgar el velo y despojar, violentamente, las vestimentas de su objeto y así poseerlo. Este “rodeo” encuentra su justificación en un movimiento que implica destino, un devenir-ser deseo. Es así como, directa o indirectamente, se incendia la energía del placer, mientras la falsa conciencia sólo participa estáticamente del deseo. Incluso, en la represión y el sentimiento de culpa devienen placer sádico para el super-yó, una ganancia de deseo al oprimir y golpear al yo; en tanto la máscara, estática ante la excitación, se cree satisfecha en su condición inmóvil. Fácilmente podríamos comparar ambas situaciones: en un cuarto acontece una relación sexual sadomasoquista, basta con imaginar el sonido del látigo; al otro lado, un sujeto ve una película porno, la mirada del inconsciente y con ésta la del ello alcanzan a distinguir las dos imágenes, mientras una desea participar la otra se sabe observando, el deseo encadenado nunca sonríe y en su lujuria desea que el sujeto sometido no fuera otro sino la máscara misma.

Regresemos con el sujeto puesto en la escena de introducción; en concreto, a la analogía del *re-ligare*, del parto del hombre encadenado felizmente al cordón umbilical que lo conecta con el televisor. Volvamos al voyeurismo inactivo que gesta el monstruo de la falsa conciencia de placer, el momento cuando la máscara se instaure sobre la piel con sangre y fuego. Nuestro hombre no aparta la mirada de la pantalla, que se erige como proyección de sus deseos frustrados, pero a su alrededor el fantasma ha iniciado su movimiento. Ya sea como figura del inconsciente o como el ello, esta



forma romántica en su, quizás, eterna pena termina como silencio, cansada de ser sombra y llanto durante horas se permite un lapso de descanso, es la hora en la que el sujeto se dispone a apagar el televisor y recostarse sobre su cama, pero los gritos del fantasma perforan su oído con un lejano eco. En esta corta caminata la música se agota y la máscara queda sola con su mueca, el telón cae y el disfraz no soporta más el peso del mundo. En el silencio se sabe superficie, reconoce en su gesticulación sólo otra manera del juego de *Thanatos* y *Eros*, no puede escapar a la articulación de la verdad de su deseo. Sin embargo, se sabe débil, fracturada y mortal cuando llega a refugiarse en la cama. La brevedad del camino no deja marca en el rostro. De repente, el eco provoca insomnio, en sus mejores momentos pesadillas, pues, como hemos mencionado, el deseo se tatúa sobre la carne con pasión y desenfreno. Esto provoca la fractura de la máscara, pero nunca caerá rota y deformada; en sus últimos instantes asesinará al deseo. De este modo, la sonriente máscara terminará llorando ante un público que aplaude... sólo falta recordarle que la farsa es finita. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Freud, Sigmund (1996), "El malestar en la cultura", *Obras Completas*, Tomo XXI, Argentina, Amorrortu Editores.
- (1996), "El yo y el ello", *Obras Completas*, Tomo XIX, Argentina, Amorrortu Editores.
- Horkheimer, Max y Theodor Adorno (2006), *Dialéctica de la Ilustración*, Madrid, Editorial Trotta.
- Lacan, Jacques (2006), *Seminario 10. La Angustia*, Argentina, Editorial Paidós.